

LA ALEGRÍA DE LA MADRE

Hace pocos días estuve confirmando a cinco jóvenes en un pueblo pequeño, de unos cincuenta habitantes. Al entrar en la iglesia me saludo una madre con su hija en brazos y me dijo: «cuando vino a la Visita Pastoral, esta niña que usted ve la tenía en mi seno». Me lo decía contenta, feliz, rebosante de alegría. Hay pocas cosas tan bonitas como una madre con su hijo en brazos.

La alegría de esta madre y el recuerdo de su embarazo me han hecho pensar en María la Virgen, que también tuvo a Jesús en su seno. Yo no puedo describir lo que sentiría ella. Sólo las madres podéis hacerlo, aunque es posible que os quedéis lejos de lo que María debió experimentar.

Porque María tuvo en su seno al Mesías prometido, tanto tiempo esperado. ¿Qué sentiría ella, joven nazarena, de origen sencillo y pobre, al ver que Yahvé la había elegido para tan trascendental misión? Si una madre se siente feliz por el hijo que va a dar a luz, ¿qué sentimientos estremecerían el corazón de la Virgen Madre? Podemos imaginar que se sentiría inmensamente dichosa. En Ella, concebida sin pecado original y preparada por el Padre desde la eternidad para ser la madre de su Hijo; nacida judía e hija del Israel de la promesa, se concentraron las esperanzas del pueblo elegido y de la humanidad entera.

María, mujer sencilla, mujer del silencio y de la escucha; y, al mismo tiempo, mujer fuerte, porque Dios te llenó con su fortaleza; mujer «llena de juventud y de limpia hermosura», como te rezaremos mañana, en tu fiesta de la Inmaculada, Dios se enamoró de tu pobreza, y te llenó de su riqueza, haciendo en ti una casa donde su Hijo pudiera vivir. María, mujer de fe: «Dichosa tú que has creído», como te dijo Isabel; mujer que te atreviste a decir a Dios un «sí» incondicional: «Aquí está la esclava del Señor».

Pablo VI dijo que el Adviento es, sobre todo, un tiempo mariano. La Iglesia ha de mirar a María, porque ella es la imagen perfecta de la Iglesia, el modelo de cada uno de nosotros, que andamos buscando cómo encontrarnos con Dios cada día de nuestra vida. San Pablo nos invita a despojarnos de las obras de las tinieblas y a vestirnos de las armas de la luz, porque la noche va muy avanzada y el día ya está cerca. Despojémonos en este Adviento del consumismo, del individualismo, del egoísmo, de la avaricia..., obras de las tinieblas, de la noche que sólo ocasionan sufrimiento y desgracia. Y vistámonos del sentido de la fraternidad, viendo a todos como hermanos; compartamos nuestro tiempo y nuestros bienes con los que no tienen; abramos nuestro hogar a los que dejaron su hogar a miles de kilómetros; tendamos la mano a los marginados, hagamos las paces si estamos enfrentados; seamos solidarios con las familias que, a causa de la crisis, viven la triste situación del paro. Éstas son las obras de la luz que nos hacen felices y con las que hacemos felices a los hermanos.

Que la Virgen Inmaculada, la llena de gracia, nos lleve de la mano durante este tiempo de preparación para acoger a Jesús en nuestro corazón.

Con mi afecto y bendición.

+ Alfonso Milián Sorribas
Obispo de Barbastro-Monzón